

EL FOMENTO LITERARIO.

REVISTA SEMANAL.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

MADRID.

Un mes. 4 reales.

PROVINCIAS.

Un mes. 5 reales.

PUNTOS DE SUSCRICION.

EN MADRID. Librería de La Publicidad, Pasaje de Matheu.—De Cuesta, calle de Carretas.—De la Viuda de Vazquez, calle Ancha.—En la Administración, Jacometrezo, 72.

EN PROVINCIAS. Por carta á la Administración, Jacometrezo, 72, dirigida al director, pagando en sellos de franqueo, siempre adelantado.

Se publica los días 4, 11, 18 y 25 de cada mes.

SUMARIO.

El Lenguaje, por don Juan Catalina Garcia.—*Al río Cea*, por don Vicente Nuñez de Velasco.—*La Caridad*, por don Lesmes Sanchez de Castro.—*Florinda*, por don Eduardo Ortiz y Casado.—*Poesía*, por don Francisco Sanchez de Castro.—*Un día de emociones*, por don Ricardo de Sist de Leaniz.—*Una idea sobre las nacionalidades*, por don Vicente Nuñez de Velasco.—*Un Consejo*, por don Ricardo de Sist de Leaniz.

EL LENGUAJE.

Sus relaciones con el pensamiento.—Su origen.

Poseedor el hombre de la palabra, es el complemento de la creación, su rey, y como la obra más perfecta de Dios, su verdadero representante en el mundo.

Sin ella solo sería un sér, superior si á todos los demás en inteligencia, pero inferior en poder y fuerza, puesto que no formaría con sus semejantes el estado social, donde uniendo sus fuerzas físicas y morales llega al grado de perfectibilidad de que hoy goza.

Solo, aislado, pareceríanle enemigos los demás hombres y su situación sería bien lamentable; pero comunicando con ellos sus ideas, confesándose mutuamente su debilidad y grandeza, su origen y destino ha formado la sociedad.

Bien merecerá, pues, el lenguaje que hagamos sobre él algunas consideraciones.

Como el lenguaje, á nuestro parecer, es la expresión del pensamiento humano

cambios que él, y pasa por los mismos estados y grados de desarrollo, del sintético al analítico, del directo al reflejo, esto es, guardando con él completo paralelismo. Ya Platon, Séneca y Ciceron dijeron lo mismo, comparando su inestabilidad, su continuo desenvolvimiento al del hombre que continuamente varía la delineación del rostro, el color, la tersura de la piel, la voz, etc.

Si el único objeto de la palabra es la expresión de las ideas, ha de tener con el pensamiento íntimas relaciones.

Pero no son tan íntimas que afirmemos con algunos ideólogos que el pensar sería imposible sin hablar. Llamando pensar á la acción de nuestras facultades anímicas, el niño, el mudo, piensa, pues, atiende, compara y raciocina: además que todos comprendemos bien la existencia independiente de la facultad de pensar, de la de expresar el pensamiento.

Bonald ha dicho con este motivo, que antes de hablar el pensamiento es preciso pensar las palabras: y claro es que antes de inventar una cosa debe existir el objeto para que se la destina.

Lo que si es cierto es, que prescindiendo de su necesidad absoluta para la formación de la sociedad, apenas podríamos dar fijeza á nuestras ideas que desaparecerían tan pronto como las adquiriéramos, no estableceríamos relaciones ni quizá tendríamos ideas generales y abstractas.

de esto á la negacion de la facultad de poseerlas sin espresion, hay gran distancia.

En una palabra, la necesidad del lenguaje no es absoluta, pero sí relativa.

La union del pensamiento con la palabra se nos presenta con los mismos caracteres que la de los elementos constitutivos del hombre; pues así como la union de estos dá por resultado la vida; que concluye cuando ella deja de ser, así como el cuerpo recibe la vida del alma y sufre sus modificaciones, así la palabra, cuerpo del pensamiento, forma con él la vida de la inteligencia, recibe de él el ser, se desarrolla y cambia paralelo á él, y si es sintético, si es analítico, ella será sintética ó analítica.

Podemos, pues, sin caer en la exageracion combatida antes, decir con un escritor célebre que «la palabra es la encarnacion del pensamiento.»

Analizando y descomponiendo la palabra el pensamiento, todas las lenguas—que no se componen de otra cosa que de palabras,—deben ser analíticas; pero unas lo son más que otras, llamándose *sintéticas* ó *polisintéticas*, segun le descomponen más ó menos.

Una de las cuestiones sobre que más se ha discutido es el origen del lenguaje, siendo dos las opiniones más contrarias y conocidas.

Los hombres, dice la una despues de haber permanecido algun tiempo en el estado de mutismo y reconociendo la apremiante necesidad de un medio para entenderse, por un contrato parecido al *social* de Rousseau, establecieron, tomando por base las interjecciones, espresion de sentimientos vivos, una coleccion de voces para satisfacer las necesidades más perentorias: más tarde, segun adelantaron en civilizacion y segun fueron ampliando en todos sentidos la esfera de su espíritu, fueron enriqueciendo sucesivamente dicho

cado sencillamente el origen del lenguaje, sin necesidad de encontrarlo en la revelacion.

Prescindimos de que los que así discurren, desconocen ó aparentan desconocer la estrecha union de la palabra, verbo exterior con el pensamiento, verbo interior, y de que en nuestro concepto siguen esta teoría quizá más que por conviccion íntima, por dar robustez á la teoría del innatismo en las ideas.

Jamás podemos comprender una reunion de salvajes mudos, fijando determinados sonidos para determinadas ideas. Es inconcebible que puedan fijarse palabras cuando no se sabe hablar.

Suponemos que nadie tampoco lo comprenderá, y sin embargo, los sostenedores de la convencion no tienen que acudir á lo sobrenatural para verlo muy claro, y han sido filósofos tan notables como Ciceron, Horacio, Smit, Condillac y otros del siglo pasado.

Pero en tal caso sería preciso suponer que fué pacto universal, al cual no dejaron de asistir ninguna tribu, ninguna familia, pues en los países más aislados se encuentra el lenguaje; y que tambien debieron convenir por unanimidad en el significado de cada voz y en conservar los elementos fundamentales de esta lengua convencional, lo cual es demasiado exigir á hombres embrutecidos y salvajes.

Y en verdad es extraño que se encuentren elementos comunes á todos los idiomas conocidos, aun á los más diversos entre sí, prueba de nuestra impotencia ó incapacidad para inventar uno distinto del primitivo.

¡Admirable fenómeno, que tantas y tan trascendentales revoluciones como la humanidad ha sufrido en el curso de su vida, no la hayan precisado á crear un idioma que no sea derivado del primitivo!

¡Admirable fenómeno, que á pesar de haber llegado hoy al término de su desar-

pueda el hombre crear un idioma independiente!

Sabido es que los antiguos inventaron fábulas, reales en alguna parte, para asignar origen á los dioses, al hombre, á los astros, á las instituciones, á cuanto de más notable hería su brillante fantasía; pues bien, ellos que reconocían la importancia del lenguaje, no tenían un solo mito, una sola fábula para explicar su origen, para determinar su inventor. No se atrevieron á buscar un segundo Prometeo que animára la inteligencia de la obra del hijo de Climene.

Por último, estraña también que aun en los idiomas más antiguos, aun en los más bárbaros, se encuentren abundantes primores que responden á las exigencias del pensamiento: que ninguna de cuantas alteraciones se han introducido en ellos sea radical, conmueva su esencia misma y nos permita afirmar que el hombre puede ser autor del lenguaje.

Por tanto, vistos los poco racionales fundamentos de tal doctrina, debemos acudir á lo sobrenatural, á la revelación divina, por más que á alguno le disguste y tema ofender á la razón.

Para nosotros no encontrando otro camino, es lógico, es racional buscar el origen de la palabra en la bondad y sabiduría de Dios, y creer con Platon, San Agustín, el mismo Rousseau, Humboldt, Schelegel y Bonald, que siendo el hombre incapaz de tamaña empresa, la debe á aquel que antes le había dado su inteligencia y libertad.

Encontramos confirmado esto en el libro de la verdad, en la *Biblia*.

Allí leemos: «Y llamó Adam por sus nombres á todos los animales, y á todas las aves del cielo, y á todas las bestias de la tierra.» Palabras llenas de sencillez encantadora y que terminantemente prueban mi opinión.

Otros ejemplos podíamos citar, pero creemos que éste y las razones aducidas

prueban suficientemente la verdad de la opinión que admitimos con respecto al origen del lenguaje, finalizando aquí nuestro mal pergeñado artículo sobre *El Lenguaje* en general.

JUAN CATALINA GARCÍA.

AL RIO CEA.

Adormida mi alma dulcemente
Y gozoso mi espíritu afligido
Al blando murmurar de tu corriente,
Envidio tu cristal, *Cea* querido,
Que mañana verás resplandeciente
Columpiarse en tu seno esclarecido
De mi amada la faz encantadora
Al compás de tu música sonora.

¿Por qué si no de esta feraz ribera
Que por lecho te ofrece blandas flores
Huyes veloz en tu eternal carrera
Dejando solo lánguidos rumores?
¿Por qué si no en Sahagun donde te espera
Mi voz para cantarte sus amores,
Marchas veloz en ondas revoltosas
Hollando audaz los tallos de sus rosas?

Pero á tí, ¿qué te importan los capullos
Que arrastras en tu rápida corriente?
¿Qué te importan del aura los arrullos
Que borda en ondas tu cristal luciente,
Si marchas con tus plácidos murmullos
A hacer que tu belleza se acreciente
Con dos cielos, dos lunas y dos soles
Que en tu plata reflejen arboles?

Que mi amada en sus ojos tiene un cielo
Por lo azul, por lo puro, por lo hermoso;
Un sol, en su mirada de consuelo,
Y es su frente la luna do amoroso
Luce el candor tras invisible velo.
Por eso ¡*Oh Cea!* corres orgulloso
Después hasta otro río que te lleve
Al mar do seas espumosa nieve.

Mas ¿quién no juzga al ver de mi adorada
El lánguido mirar, la faz risueña,
La frente pura de oro coronada,
Toda agena belleza ser pequeña?
Por eso, tu ambición acrecentada
Del mar la bella inmensidad desdena,
Y queriendo habitar el cielo subes
Hasta él, en alas de ligeras nubes.

Mas tampoco del cielo la belleza
 Calmó tu afán, inestinguible y vivo,
 Y de un día que ornabas la cabeza
 Calmastes el ardor crudo y estivo,
 Descendiendo á las rocas donde empieza
 Tu abandonado cáuce primitivo,
 Y ora de nuevo corres presuroso
 Por ver de mi adorada el rostro hermoso.

¡Corre feliz! Mas oye: cuando ufana
 Acaricie tu linfa cristalina
 El cesped que está al pié de su ventana,
 Alza un murmullo, y si su faz divina
 Tus orillas entonces engalana,
 Por un momento tu correr termina
 Para darla el suspiro que te envío
 Y el llanto con que lloro su desvío.

¡Corre feliz! Y en tus alegres olas
 Hasta su oído lleva mis cantares,
 Lágrimas lleva, que brotaron solas
 De mi pecho do moran los pesares;
 Y si baja su mano á las corolas
 Que en tu orilla crecieron á millares,
 Besa su mano, como yo en un día,
 Yo la besé con tímida osadía....

V. NUÑEZ DE VELASCO.

LA CARIDAD.

Amaos los unos á los otros como
 hermanos.

¡Cuán grande, cuán sublime, cuán benéfica es la
 virtud de la Caridad!

Si la *Fé*, esa luz divina que auyenta las sombras
 de la duda, fortalece al débil, y elevando la mente
 llena de tranquilidad al espíritu, si la *Esperanza*
 sostiene al desdichado y alienta al triste, la *Caridad*
 llena de un gozo tan inefable al corazón que la practica,
 que si algo hay en el mundo capaz de dar una
 idea siquiera pálida del dulce sosiego, infinito de la
 bienaventuranza, es sin duda el sosiego dulce que
 experimenta el alma cuando impulsada por la Caridad
 ha practicado el bien.

¡La Caridad! palabra divina que resuena en
 nuestros oídos con una melodía celestial, y que impresionando
 las más delicadas fibras de nuestro ser,
 halla siempre un eco simpático en nuestro corazón.

Sí, nada hay más grato al hombre que la acción
 de la Caridad.

Sí, la virtud de la Caridad, fuente y al propio
 tiempo resultado de todas las virtudes, es lo más
 grande, lo más noble, lo más sublime que el hombre
 puede practicar en la tierra.

Sola ella puede dar verdaderos goces, placeres
 seguros que durarán más allá de la tumba.

Porque las virtudes son eternas como el alma que
 las practica.

Amaos los unos á los otros como hermanos:
 palabras augustas, fórmula divina de la verdadera
 Caridad, que como las demás virtudes necesita ser
 bien sentida y bien practicada; porque como todas
 se basta de muy pronto, y no queda de ella, según
 Jesucristo la enseñó, más que el nombre: nombre
 mal apropiado en esas ocasiones.

El *humanitarismo* y la *filantropía* en nada se
 parecen á la verdadera Caridad; á la Caridad cris-
 tiana. Sin embargo, nada más común que dar el
 nombre de acciones caritativas á las que nacen de
 aquel sentimiento, como nada más frecuente tam-
 poco que llamar filantrópicos actos verdaderamente
 de Caridad.

¡Qué lastimosa confusión de ideas! ¡Qué deplo-
 rable perversion de lenguaje!

El humanitarismo y la filantropía son virtudes
 puramente humanas, puramente temporales, que
 ni exigen el sacrificio ni participan del amor.

Y la verdadera Caridad, divina por su origen, di-
 vina y eterna por su esencia, despreciando esas
 miras mezquinas, verdaderos harapos con que se
 quiere sustituir el manto de la Caridad, pone sus
 ojos más altos y obra con más nobleza.

La virtud de la Caridad es toda una virtud de
 amor: es el amor mismo.

Para ejercer el humanitarismo basta un poco de
 compasión, de sentimentalismo.

Arrojad á un pobre un pedazo del pan que os
 sobra en vuestra mesa; cubrid su desnudez con el
 deshecho vestido que no sirve ni á vuestros domés-
 ticos; entregadle una moneda de las que no os ha-
 cen falta siquiera para vuestros ilícitos placeres; y
 si ese indigente, al que parece creis desposeído de
 sentimientos siente en su corazón un dolor, ó un
 remordimiento de esos que hieren tenazmente el
 alma, recibirá con desprecio vuestro regalo, y arro-
 jándoos una mirada desdeñosa, partirá con el co-
 razón más desgarrado que antes.

Necesitaba consuelo, y le disteis pan; necesitaba
 consejo, y le disteis ropas; necesitaba amor, y le
 disteis oro.

¡Cómo si el pobre no tuviera alma! ¡Cómo si el
 pobre no tuviera corazón!

Y no obstante, esto es lo que hace todos los días
 el humanitarismo filantrópico: esto hace todos los
 días la compasión, ó tal vez el instinto de un siglo
 material y descreído que solo vé materia en todas
 partes.

¡Y á eso se dá el nombre de Caridad!

Nó, la Caridad cristiana es algo más que eso.

Nó, la Caridad cristiana es mucho más que eso, y apenas se le parece.

O no se le parece en nada.

¿Qué abnegación, qué amor, qué sacrificio habeis hecho? Ninguno.

Sin embargo, ya lo hemos dicho; el sacrificio y el amor son las señales distintivas de la Caridad.

No hay amor sin sacrificio, ni se comprende el sacrificio sin el amor; por eso van invariablemente unidos en las obras de Caridad.

Nó, la Caridad cristiana no se contenta con tan poco.

La Caridad cristiana no solo tiene limosnas para las necesidades materiales del cuerpo, único fin á que parece tender el humanitarismo filantrópico, con el que caben la murmuración, la calumnia, el desprecio y todos los demás vicios antagonistas de la Caridad.

La Caridad cristiana tiene manos para socorrer y ayudar al desvalido; lágrimas para llorar con el desgraciado; consuelos para endulzar las amarguras del que padece; enseñanzas para iluminar el entendimiento del ignorante, y corazón para sentir con todos; y nombres dulces y palabras santas que murmurar á sus oídos.

Y todo por amor; por un amor puro, intenso, desinteresado.

Hé aquí la verdadera Caridad: esta es la Caridad cristiana, virtud la más santa, la más sublime, la más benéfica de todas; y por la que deseando el hombre para los demás lo propio que para sí anhela, practica aquel mandato divino, origen de la verdadera Caridad, que el Hombre-Dios abrasado en ese mismo amor pronunciara para enseñanza de una humanidad siempre egoísta. *«Amaos los unos á los otros como hermanos.»*

LESMES SANCHEZ DE CASTRO.

FLORINDA.

EPISODIO HISTÓRICO

POR EDUARDO ORTIZ Y CASADO.

(CONTINUACION.)

V.

El furor de los elementos arreciaba. Las negras nubes que antes vagaban por el espacio semejando gigantes espectros, se precipitan en lluvia, que empujada por el furioso Norte azota las secas hojas de los arbustos, causando un ruido aterrador. Las aves nocturnas espantadas, ora lanzan agudos chillidos al cruzar las tinieblas buscando donde guarecerse, ora desde el hueco de una peña dejan oír sus siniestros y lúgubres cantos al compás del viento y de la lluvia.

Todo es ruido, confusión, desorden en la naturaleza. ¡No parece sino que quiere anunciar á la desgraciada España la triste suerte que el destino la depara, su no lejana é inevitable ruina!

Mas dirijamos nuestra atención al castillo. En el mismo sitio por donde la fantástica aparición se introdujera poco antes, en aquel oscuro rincón de la muralla de la silvestre yedra tiende sus débiles y multiplicados tallos llenando aquella parte de sombra aun en medio del día, se veria, si fuese posible distinguir algo en noche tan oscura, moverse las piedras del muro, y girando dar paso á un bulto negro, á un embozado; el mismo sin duda que antes entró del propio modo.

No bien dá el encubierto unos cuantos pasos, cuando otro embozado, el antiguo desconocido, saliéndole al encuentro le cierra el camino, esclamando con voz en que se descubre la ira reconcentrada.

—¡Atrás!

—Paso,—responde con voz imperiosa el Rey don Rodrigo (pues no es otro el que salió por el oculto postigo).

—¡Atrás, vil ladrón de honras!—repite con voz terrible el desconocido.

—¡Miserable!—grita don Rodrigo desenvainando su acero.

Y el ruido de dos espadas que se chocan resuena en medio del furor de los elementos. De sus templadas hojas se desprenden brillantes chispas que en medio de las tinieblas parecen fantásticas fosforescencias. Y el huracán silba. Y la lluvia cae á torrentes. Y el canto aterrador del buho se deja oír en el espacio.

Silenciosos luchan ambos combatientes. Por las dos partes se pelea con igual ardor, con el mismo denuedo, con idéntica destreza.

Mas el Rey vá poco á poco cejando. Si no lo impidiese la oscuridad, se veria que ha dejado de atacar, y que lo que únicamente hace es defenderse admirablemente.

—¡Juro á Dios,—murmura sin abandonar la defensiva,—que he encontrado un digno rival!—¿Quién podrá ser?...—Su voz... su voz... yo la conozco... Yo la he oído muchas veces... ¡ah! Sí, no hay duda... Pelayo es. Solo él es capaz de manejar la espada de tal manera... Más, ¿cómo habrá sabido?... ¡Oh! Conviene que huya; pues que este combate espone mi vida, y yo no puedo derramar la sangre del primer caballero de mi reino, y á más en este sitio, lo cual podria acarrear serios males á la bella castellana.

Y aprovechando un momento de descuido de su contrario, que ya sabemos es don Pelayo, le dá una fuerte arremetida, y abandona el combate innándose por la espesura, murmurando estas incoherentes frases:

—¡Oh! nos han vendido...—¿Por quién habrá sabido... Si yo llegara á conocer el nombre del traidor... Mas el propio interés de Pelayo me abona su silencio sobre el asunto. Y su dolor... ya se calmará. Ahora es natural. ¡Es tan triste ver desvanecida una esperanza! ¡Es tan cruel un desengaño!

Pelayo al ver huir al Rey intenta seguirle para darle la muerte, más desesperado de alcanzarlo, quédase inmóvil con la vista fija en el negro castillo que se alza orgulloso en medio de la vega, y dos lágrimas ruedan por sus mejillas y un suspiro se escapa de su pecho. Es que dá un último adiós, es que allí está la tumba de su esperanza, la tumba de sus amores.

(Se continuará.)

POESIA.

Sublime inspiracion, dulce POESIA,
Fuente inmortal de amor y de ventura,
Antorcha misteriosa de luz pura,
Tú eres el bien del triste corazon:
Tú eres dicha feliz del alma mia,
Tú eres del pecho el amoroso encanto;
¡Oh! deja que hasta ti suba mi canto,
Deja que á ti dirija mi cancion.

¿Qué sin tí el hombre en este mundo fuera?
¿Sin tí que eres la aurora de sus flores,
Sin tí que eres la luz de sus amores,
Sin tí que eres el bálsamo del bien?
Sin tí apenado sin cesar viviera;
Tú eres el faro que ilumina el puerto,
Tú eres el verde oasis del desierto,
Tú eres la imágen del perdido eden.

Tú das al aura su cadente arrullo,
Tú das su soplo susurrante al viento,
Tú das al aire su sonoro acento
Y á la fuente su manso suspirar;
Tú das al valle su feliz murmullo,
Tú su rumor al rápido torrente,
Tú das al trueno su rugir potente
Y á los mares su horrisono bramar.

Tú prestas sus matices á la aurora,
Tú das al sol su refulgente rayo,
Tú das sus galas al florido mayo,
Tú sus encantos al risueño abril.
Su claridad recibe seductora
De tí la luna candorosa y bella,
De tí recibe su fulgor la estrella,
De tí la palma su ostentar gentil.

Do quiera muestras tu divino encanto,
A todo da el vivir tu poderío;
¿Sin tí que fuera el sonoro rio?
Fangosas aguas en raudal tal vez.
¿Sin tí que fuera de la aurora el llanto?
Lluvia que el sol matiza y evapora;
Fuera sin tí la noche encantadora
Oscuridad, tinieblas, lóbreguez.

¿Qué triste el alma sin tu amor sería!
En todo viera la verdad, la muerte,
Allí mirara la materia inerte,
Las sombras allí viera y la quietud;
Desgarradora realidad impía
Su trono helado por do quier alzára
Si el mundo tu ilusion no colorára,
Si no alumbrase tu radiosa luz.

De la fuente eternal de la belleza
Dios envia un raudal piadoso al suelo,
Que es el placer, la dicha y el consuelo
Del misero afligido corazon;
Flor sin aroma en árida maleza,
Eterna noche silenciosa y muda
Fuera el mortal en la verdad desnuda
Condenado á vivir sin ilusion.

Ilusion... ilusion... hermoso sueño
Que con sopor tranquilo y delicioso
Dá al corazon beleño misterioso
Que le hace en calma con ardor latir;
Por un prisma celeste y halagüeño
Se contempla la luz del claro día,
Y en medio del amor y la armonía
Bueno es el mundo, bello es el vivir.

Cierne tus alas ilusion divina
Sobre mi triste y ardorosa frente,
Arrúlleme tu aliento dulzemente,
Aduerma el alma tu feliz cantar:
Contigo la belleza me fascina,
Todo es encantos y placer contigo,
¿Qué dulce es ¡ay! el pecho de un amigo
Y que dulce contigo es el amar!

¿Qué valen junto á tí, bella POESIA,
El oro deslumbrante y la riqueza?
¿Qué la mentida terrenal grandeza
Si tú la dicha das al corazon?
Ellos perecen en la tumba fria
Y tú revives inmortal, gloriosa;
Es con ellos la vida tormentosa
Y contigo la vida es *ilusion*.

Calma benigna mi ferviente anhelo,
 Alienta tú risueña mi esperanza,
 Mi vista apenas á mirarte alcanza;
 Alá en el alto tu randal se vé:
 Desciende pura y cándida del cielo,
 Sé tú mi gloria, mi consuelo y guía,
 Sublime inspiracion, dulce POESIA,
 Sé tú la compañera de mi FÉ.

FRANCISCO SANCHEZ DE CASTRO.

UN DIA DE EMOCIONES.

POR

RICARDO DE SIST.

Era una fresca mañana en el florido mes de mayo. El cielo mostraba en su inmensa superficie azul alguna que otra blanca y leve nubecilla que servia como de adorno á tan estenso manto.

El sol brillaba radiante y esplendoroso cual en los dias serenos suele hacerlo este protector de la naturaleza.

Las aves, con sus diversos y armoniosos cantos, y los insectos con sus diferentes al par que disonantes ruidos, ya en las ramas de los frondosos árboles, ya en las desigualdades del ríspido suelo; las plantas, con sus bellas flores de lindas y fragantes corolas; en una palabra, la naturaleza entera deleitaba los senti los, impresionaba la mente y nos trasladaba en alas de la fantasia á las ignotas regiones do deben disfrutarse permanentes al par que puros goces.

El real sitio del Buen Retiro se hallaba entonces concurrido por multitud de personas de todas edades, sexos y condiciones; ora se veia pasear por entre sus largas calles de copudos cipreses, á algun anciano de aspecto grave y meditabundo, tal vez algun hombre de Estado, cuya imaginacion estaria trabajando para resolver alguno de los árdus problemas que en algunas ocasiones presenta el campo de la politica; ora nuestra vista y nuestro sér al par, se recreaba viendo jugar alegres y encantadoras, en alguna plazoleta de tantas como en el Retiro hay, á unas cuantas niñas acompañadas de algunas que siendo ya pollitas, no consentian en tomar parte en los inocentes juegos de sus nó menos inocentes amiguitas, y cuyos ojos ya dulces y espresivos en las rubias, ya negros y arrebatadores en las morenas, juntamente tanto en unas como en otras, con sus admirables facciones, con su pequeña boca y lindo pié, al par que estrecha cintura, y elevado, palpitante y puro seno, nos hacia pensar en algo que si éra-

cojer al llegar á nuestro gabinete los pinceles, la pluma ó el buril para pintar, cantar ó esculpir á alguna de aquellas bellas que deleitaban nuestra mente, y cuyos encantos trastornaban nuestro sér.

Hallábame paseando por una de las umbrías calles de frondosos castaños de Indias, cuando de repente sentimos una voz completamente desconocida para mí, que decia: «Caballero, caballero; una limosna á este pobre vergonzante.» Volvíme para ver quién era el que me interpelaba, y me encontré con un jóven de triste aspecto, vestido con esa pobreza que revela una anterior decencia.

Llevaba abotonada una levita de paño negro en otro tiempo, entonces ya descolorido por el excesivo uso; sus pantalones del mismo color de la levita, se hallaban en el mismo deplorable estado; una bufanda vieja arrollada al cuello y unas botas de charol, ya rotas, completaban, juntamente con una gorra algo deteriorada, el pobre traje del sin duda desgraciado personaje que ante mi vista estaba. Tendría unos 18 años; se hallaba bastante delgado, y su estatura era regular, revelando su conjunto á primera vista una complexion bastante delicada.

Su rostro sumamente simpático, llevaba grabado un sello tal de tristeza, que desde luego impresionaba favorablemente.

(Se continuará.)

UNA IDEA SOBRE LAS NACIONALIDADES.

No es nuestro objeto escribir un artículo político; ese campo nos está vedado por la ley, y más aún por nuestras intenciones. Vamos solo á considerar las nacionalidades, si bien somera y ligerísimamente, como hecho histórico, como una de las manifestaciones del progreso de la humanidad y como ideal en lo porvenir. Aparten, pues, sus temores los que hayan podido encontrarlos en el título con que encabezamos estas cortas y mal aliñadas líneas. ¿Es posible la desaparicion de las nacionalidades? ¿Será un sueño, una utópia, un absurdo esperar que llegue un momento en que no haya más que una nacion, en que no se hable más que un idioma, en que no se rinda culto más que á una religion, en que no haya más que un Código, un régimen, un Gobierno para el mundo entero? Parece á primera vista imposible unir, asociar, amalgamar en un solo pueblo los muchos que hoy existen, de diferentes razas, de distintos antecedentes, de diverso carácter, de aspiraciones disímiles, como establecidos en climas desiguales y variados. Parece que la naturaleza misma se revela contra esta idea, y que ha se-

siempre separar á las diferentes naciones, ya levantando entre ellas montes gigantescos, ya tendiendo entre los continentes estensos mares, y siempre dotando de diverso carácter, de otro temperamento á los hombres de una y otra nacion.

El español será siempre noble, generoso y valiente, aunque no se llame español; como el francés será siempre frívolo, alegre y superficial; como el inglés será siempre flemático, reflexivo y escéntrico; como el oriental será siempre voluptuoso y sábarita.

Pero consideradas las cosas detenidamente y estudiada la Historia, esto se presenta, no solo como posible y hacedero, sino como destino de la humanidad, como necesario y preestablecido para el porvenir. Por lejanos, por primitivos que sean los tiempos á que, ayudados de la Historia, llevemos nuestra mente, veremos en ellos la separacion, el apartamiento de los hombres en tribus, que son el principio de las naciones: más adelante, acrecentadas estas tribus por el aumento y multiplicacion de los hombres, ó unidas unas con otras, vemos nacer las nacionalidades, si no de una manera tan perfecta y definida como hoy existen, de un modo bastante para señalar la diferencia que entre unas y otras habia. Estas naciones van de dia en dia creciendo y ensanchándose: se forman grandes pueblos, poderosos Estados: viene Roma; conquista la Italia; destruye á Cartago; se enseorea en Grecia; domina el mundo, y forma de él una sola, una gran nacion. Aquella unidad, que no podia ser duradera por el medio empleado, se acercó en algo á la perfeccion, lo cual prueba que puede ser realizable la ideal de la unidad.

La lengua del Lacio, los idólos de Roma, las leyes políticas del gran pueblo eran las del mundo. Pero vienen los bárbaros: cae naturalmente Roma, y entonces el mundo se disgrega, se fracciona: solo hay cortas agrupaciones de pueblos, pequeños Estados, estrechos territorios; es necesario formar de nuevo las naciones: el trabajo fué impropio, laborioso y largo; pero las naciones se levantaron, se unieron dentro de sí, robustecieron su vida y se presentaron á la edad moderna con vigorosa existencia y estensos territorios.

Ahora bien: si el mundo apareció dividido en tribus; si luego se formaron pequeños é independientes pueblos; si se unieron despues; si más tarde los asumió Roma á sí, y si otra vez, dividido en pequeños pueblos diseminados, sin relaciones casi los unos con los otros, ha llegado á formar naciones poderosas y estensas, ¿no es posible que esas naciones se vuelvan á unir; no se marca en eso una ley histórica incontrarrestable, que no senseña, al través de los siglos, la fusion de los pueblos? ¿No ha sido tam-

ha sido el sueño y el móvil de grandes hombres? Alejandro, Carlo-Magno, Gregorio VII, Napoleon, ¿no han obrado siempre alentados por esta idea, guiados por este deseo, mas no usando de medios conducentes á un fin propicio, pues emplearon la fuerza?

Pues si esta idea ha existido en el mundo siempre y en todas partes, esa idea se realizará, nó por el poder de las armas, sino por el de la razon, por el del progreso.

Esto mismo nos demuestra el menor número de guerras que hay á medida que avanzan los tiempos, porque las guerras son una consecuencia de las nacionalidades: en un principio luchaba el hombre contra el hombre, el señor contra el señor: lucharon luego las ciudades contra las ciudades: despues, las naciones contra las naciones; y andando los tiempos, perfeccionándose la sociedad, quizá pueda llegar un dia en que solo luchen las ideas contra las ideas, los principios contra los principios, y en esta lucha de doctrina contra doctrina, habrá una que sea vencida y otra triunfará; pero ambas se levantarán de la lucha puras y esclarecidas, y nó como hoy, que ambas se alzan manchadas, la una con el polvo de su derrota, la otra con la sangre de su victoria. Entonces será cuando tenga lugar la abolición de las diversas nacionalidades; entonces formará una sola nacion el mundo entero.

V. N. DE V.

UN CONSEJO.

A....

¿De amor en las lides fieras
Perdido has algun tesoro,
Que por más valer que el oro
Conservar siempre quisieras?
¿Estás, niña, entristecida?
Pues á mi consejo atiende:
*Aquel que finje lo entiende
Para bien pasar la vida.*

R. DE S.

ADVERTENCIA.

Los señores suscritores de provincias que deseen no sufrir retraso en el recibo del periódico, se servirán, á la mayor brevedad, remitir á esta administracion el importe de su suscripcion.

Editor responsable: D. FLORENTINO ESTEBAN RODRIGUEZ.

MADRID: 1864.—Imo. de LA IBERIA, á cargo de J. Rojas.